

Ser presidenciable*

Ser considerado presidenciable es el sueño de muchos, y es incluso más accesible que el Grial, los 7 años anteriores, y los 5 años actuales. Aunque sea preferible, como lo subraya Pierre Pactet en su manual clásico de derecho constitucional, que se presenten candidatos capaces de ganar o con una dimensión nacional, por ser representativos de una parte de la opinión, se multiplican las candidaturas, ya que es algo diferente sentirse presidenciable y ser considerado presidenciable por la opinión. Aquí se encuentra precisamente la verdadera cuestión: ¿cuáles son los criterios de la opinión, es decir, el cuerpo electoral para reconocerle este estatus a un pretendiente?

Una respuesta intuitiva sería que son presidenciables los que ocupan regularmente una posición relevante en las encuestas de popularidad o en las que evalúan el potencial político de las principales personalidades; sin embargo, no basta con aparecer en los 10 primeros lugares. En efecto, no es difícil demostrar la falta de credibilidad de ciertos candidatos que ya se presentaron, así como la imposibilidad para otros de presentarse, a pesar de que sus resultados en las encuestas sean positivos, por no obtener el número de apoyos partidistas o sociales establecido en la ley, lo que equivale a considerar que no son presidenciables.

* Publicado en *Mélanges Pierre Pactet*, Dalloz, 2003, pp. 579-82.

Ser presidenciable

Una segunda respuesta consiste en evaluar la totalidad de las candidaturas efectivas y medir su credibilidad por medio de los resultados obtenidos. Acerca de este tema existen varias opciones para clasificar los diferentes tipos de candidatos, cuyos resultados son tangibles. Tomando en cuenta lo anterior, no deben olvidarse los “candidatos profanos”, candidatos que no son presidenciables y no lo pretenden, ni los presidenciables que no son candidatos, como J. Delors en 1995. No obstante, nos basaremos en la lista de los candidatos efectivos, restringiéndola a los principales. Así, entre 1965 y 2002 hubo 68 candidaturas, en las cuales se encontraban solo 52 candidatos, si se toman en cuenta las candidaturas múltiples. De estos 52, 24 rebasaron 10% de la votación expresada en la primera vuelta, umbral significativo, ya que los diferentes candidatos o son claramente altos o claramente bajos (ninguno entre 10 y 14%, y solo 3 de los 24 entre 10 y 6%). Si quitamos las candidaturas múltiples quedan solo 14 candidatos, con 8 finalistas y 5 electos. Al final, esta lista nos permite demostrar que ser presidenciable implica gozar de un capital personal, así como de una capacidad a federar.

I. Un capital personal

Es necesaria una cierta notoriedad, pero no basta con eso, entonces ¿de qué elementos debe estar constituida para poder acceder a la calidad de presidenciable?

Parece ser que el candidato debe poseer varios recursos que le permitan encabezar una corriente política importante y comprobar su capacidad para actuar positivamente en caso de triunfo en la elección, es decir, contar con recursos de anclaje y recursos de la acción.

Los recursos de anclaje le permiten parecer de manera permanente uno de los principales dirigentes políticos del país, por medio de la posesión de un “feudo electoral” y del control de un partido político.

En efecto, poseer un “feudo electoral” garantiza a su titular un cargo, fuera de las vicisitudes electorales, lo que le permite conducir una campaña en el ámbito nacional y ayudar a sus amigos políticos. Casi todos los 14 candidatos destacados pertenecen a esta categoría

—con feudos, desde luego, más o menos fuertes, según los candidatos—, excepto el general De Gaulle, en razón del carácter excepcional de su situación. Respecto a los finalistas de las últimas dos elecciones, J. M. Le Pen, candidato sin tierra, es el que obtiene el peor resultado de los finalistas de la Quinta República. En cuanto a L. Jospin, el caso es más ambiguo. Su derrota en las elecciones legislativas de 1993 no le impidió alcanzar el primer lugar en 1995 durante la elección presidencial, y, al contrario, la reconquista de su escaño de diputado en 1997 no anticipó resultados muy limitados en la elección presidencial de 2002.

Desde luego, tener un “feudo” no es una garantía, son muchos los barones de provincias que obtuvieron resultados muy modestos en la elección presidencial, como Gaston Defferre, alcalde de Marsella. A pesar de la desconcentración paulatina de las facultades y de las reglas votadas en contra de la acumulación de cargos de representación, que hacen elegir la presidencia de una región más que una carrera parlamentaria, el perfil meramente regional no parece constituir un capital suficiente, ya que aún predomina, en la mente del electorado, el centralismo parisino, opuesto a los estándares de un Estado federal, como Estados Unidos de América o Alemania, pues poseer un feudo permite dedicar su tiempo —sin preocuparse por las elecciones— a edificarse, a partir de esta base, una estatura nacional, que implica controlar un partido.

Lo anterior es una condición indispensable, por lo menos por razones técnicas, para obtener las firmas necesarias para ser candidato, por parte de los funcionarios electos de la República, sin tener que iniciar una búsqueda agotadora; también contar con recursos económicos, sin depender de patrocinadores inciertos del umbral de reembolso de la campaña. En todo caso, un partido provee una reserva de militantes y delegados que permitirá organizar y estructurar la campaña cerca de los electores. Posteriormente se tratará de la relación evidente entre los grandes partidos y los grandes candidatos, pero antes es necesario señalar que la construcción de un gran partido, instrumento del triunfo, ha sido una de las preocupaciones principales de los candidatos, especialmente los que ganaron. Esto sucedió con Charles de Gaulle y Georges Pompidou, quienes tenían a la UNR; Valéry Giscard d’Estaing se dedicó a implementar la UDF a partir de 1966; François Mitterrand tomó el control del PS en 1971, y Jacques Chirac fundó el RPR después de su salida del gobierno, en 1976. Nuevamente, aunque no es en sí

Ser presidenciable

una causa única, la ausencia de una herramienta partidista de calidad constituye un obstáculo serio, situación observada por los candidatos del conglomerado, poco controlado, de los partidos centristas: Alain Poher, Raymond Barre y Édouard Balladur.

¡Extraño destino el de la elección presidencial francesa!, pues fue concebida al inicio para que el presidente no fuera designado por los partidos políticos, pero esta situación condujo a que los principales pretendientes plasmaran estos mismos partidos con el fin de apoyar su candidatura. Así, Europa encuentra en Francia una verdadera excepción, ya que, en general, los partidos en Europa han sido lo suficientemente sólidos y permanentes (excepto en Italia) para designar a su líder. En Francia, al contrario, los líderes construyeron o refundaron su partido; sin embargo, se hubiera pensado hace unos años que después de esta creación ocurriría una “captación de los partidos existentes”, lo que actualmente no parece cierto, pues el RPR se transformó en UMP, un partido más vasto, y el debate entablado en el ps en 2003 parecía girar en torno de su refundación, considerada necesaria.

Se podrían mencionar los ejemplos de la necesidad de controlar completamente un partido, como el de J. M. Le Pen, quien logró superar la cisión del Frente Nacional; sin embargo, no fue suficiente, ya que su líder debió acreditar su capacidad para dirigir por el bien del país.

Se trata entonces de los recursos de la acción que tienen que ver con el pasado, así como con el futuro del candidato; esto es, mostrar una experiencia sólida, garante de la competencia necesaria, para ejercer el cargo supremo del país.

Respecto a la experiencia del candidato, haber ejercido funciones gubernamentales como ministro (F. Mitterrand, V. Giscard d'Estaing y L. Jospin), primer ministro (G. Pompidou, J. Chaban-Delmas, J. Chirac y R. Barre) o presidente del Senado (Alain Poher) durante la Cuarta o Quinta República es casi una obligación. Es el caso de 11 de los 14 candidatos de referencia, con excepción de los candidatos comunistas, y J. M. Le Pen, candidato de un partido fuera del sistema. Solo se debe mencionar, como excepción, la maldición del primer ministro en cargo al momento de la elección, ya que nunca logró ganar la elección, por ejemplo, J. Chirac en 1988, E. Balladur en 1995 y L. Jospin en 2002, dado que sus adversarios pueden señalar que no funciona bien y que no pueden encarnar el cambio que esperan los electores por medio

de su voto. Por el contrario, el presidente en función siempre ha sido reelecto, con excepción de V. Giscard d'Estaing; sin embargo, se debe considerar que se aprovecha la situación mencionada, beneficiando entonces la cohabitación y contienda con el primer ministro. Recordamos el debate Mitterrand-Chirac de 1988, en el cual Mitterrand se obstinó en llamar al candidato Chirac: “señor primer ministro”.

Cabe reiterar que el recurso de la experiencia no es suficiente en sí para ser presidenciable, ya que son varios los exministros que obtuvieron resultados muy modestos en la elección presidencial.

En efecto, se debe añadir al activo que constituye el pasado político del aspirante —que, entre otros, le permitió construir una red de influencia— la promesa de un mejor futuro: ser presidenciable es defender una idea, encarnar una perspectiva que pueda convencer, más allá de la personalidad del candidato, a amplios sectores de la sociedad. En 1965 y en 1969, la confirmación de la Quinta República importaba más que la construcción de la Unión de la izquierda o de Europa. En 1974, el programa común de la izquierda ganó la primera vuelta, pero perdió la segunda contra “la continuidad en el cambio” de V. Giscard d'Estaing, asociada a “la nueva sociedad” de J. Chaban-Delmas. En 1981, triunfó “la fuerza tranquila y el impulso económico” promovido por F. Mitterrand contra el “se requiere a un presidente para Francia” de V. Giscard d'Estaing y la tentativa de un renacimiento del gaullisme de J. Chirac. En 1988, el eslogan “Francia unida” simbolizó la voluntad de unión y en 1995 la “fractura social” permitió ir más allá de las fronteras tradicionales de la derecha. Para terminar, en 2002 la frase “Francia en grande” tenía más sentido para el electorado que el eslogan raro “presidir diferentemente”. En paralelo, el crecimiento regular de los resultados obtenidos por J. M. Le Pen se fundamentó en el desempleo y la inseguridad, los cuales sabemos que fueron el papel esencial en la elección de 2002.

Si bien podemos recordar sin dificultad estos ejes rectores de las diferentes campañas presidenciales, que materializaron los eslóganes mencionados, no es así con los que no obtuvieron el éxito esperado entre los ciudadanos, como “la confianza” de R. Barre en 1988 o el “nuevo compromiso” de E. Balladur en 1995, así como “la República” de J. P. Chevènement, porque el proyecto de campaña, proyecto para Francia, no se puede evaluar de manera aislada, sino en el marco de la

Ser presidenciable

contienda con los demás, pues sería muy sencillo limitarlo a una lucha de comunicadores, que ayudan pero no se sustituyen.

De hecho, lo que importa es rebasar las fronteras de su facción política, por lo que los candidatos, pese al apoyo de uno o varios partidos, deben demostrar que tienen vocación para unir, para demostrar su capacidad federativa.

II. Una capacidad federativa

Utilizamos a propósito este calificativo, derivado de la televisión comercial, ya que se trata de la misma preocupación: ¿cómo reunir alrededor de un mismo programa diferentes sectores de la población de manera tal que formen una mayoría? Anteriormente, los candidatos podían elegir entre iniciar esta suma de los diferentes sectores de la población durante la primera o la segunda vuelta, pero la evolución del sistema de partidos en la década de 1990 dio inicio a una nueva realidad. Actualmente, las opciones posibles se pueden resumir en dos fórmulas para la primera vuelta: unir a sus aliados o dejar la diversidad de los aliados potenciales expresarse. A veces la opción no es abierta, depende de la voluntad de los partidos y de sus aliados.

La evolución de los resultados de los partidos es significativa. No se ha obtenido más de 40% de los votos en la primera vuelta de la elección presidencial después de 1974, no más de 30% después de 1988, y no más de 20% en la elección de 2002. En resumen, existió una unión entre los partidos de una misma facción política solamente durante las tres primeras elecciones presidenciales. Es una postura natural con De Gaulle —además, ¿quién podría oponérsele en su mayoría?—, una postura heredada de G. Pompidou y una postura estratégica para F. Mitterrand, “candidato único” de la izquierda en 1965 y “candidato común”, lo que implicaba la celebración de un acuerdo programático en 1974. A partir de 1981, la unión se realizó solo con partidos secundarios, ya que los cuatro grandes partidos encontraron un cierto equilibrio político, en lo que Maurice Duverger llama la “cuadrilla bipolar”.

En este contexto, las grandes figuras partidistas de esta cuadrilla dominan, a partir de 1974, la primera vuelta, dándole por lo tanto su

fisonomía, por medio de estrategias adversas pero paralelas, entre V. Giscard d'Estaing y F. Mitterrand, esto es, agregaron institutos pequeños y medianos para rebasar los resultados del partido principal de cada facción política (Partido Comunista o UDR), lo que lograron hacer los partidos centristas y el Partido Socialista en 1973 y 1981.

Los partidos de la cuadrilla mencionada reúnen, hasta 1981, alrededor de 90% de la votación, conforme a la lógica electoral del sufragio mayoritario, con dos vueltas, el cual condujo a la creación de un sistema con 2 coaliciones de 2 partidos —voto útil en la primera vuelta a favor de uno de los partidos de cada coalición y voto útil en la segunda vuelta a favor de una u otra coalición—. Después de esta fecha, el sistema empezó a transformarse con el crecimiento de partidos secundarios, como el Frente Nacional y el Partido Verde.

En 1988, destaca el ocaso del Partido Comunista que obtuvo solo 6.8% de la votación, el cual fue remplazado, en los cuatro partidos que rebasaron 10% de los votos, por el candidato del Frente Nacional; por lo tanto, la cuadrilla por primera vez no sobrepasó 80%, lo que dio inicio a una nueva realidad.

Esta nueva realidad es la que caracteriza la situación actual e impone su estrategia durante la elección presidencial: no hay más unión para la primera vuelta y basta con obtener 20% de los votos para ganar la segunda. Esta fragmentación progresiva se manifiesta en tres periodos sucesivos sin que se pueda afirmar que se haya llevado a cabo, ya que la elección presidencial muestra tal vez una nueva lógica introducida por el quinquenio.

Las tres primeras elecciones presidenciales son muy parecidas respecto al fraccionamiento de la oferta política: la suma de los resultados de los 4 primeros cambia poco, alrededor de 90% de la votación. En 1981, la falta de unión mencionada entre los partidos para la primera vuelta hizo que la suma de los votos obtenidos por los 2 y 3 primeros candidatos se redujera; sin embargo, destaca un cambio menor en torno a la suma de la votación recibida por los 4 primeros candidatos (la cuadrilla). En 1988, las cifras fueron muy parecidas, solo cambió la identidad del partido que ocupaba el cuarto lugar: el Frente Nacional rebasó al Partido Comunista. Es precisamente entre estas dos elecciones que empezó la transición que condujo a una dispersión de los votos en 1995. En efecto, durante esta elección, la suma de los votos de

Ser presidenciable

los 2 primeros candidatos cayó 10 puntos porcentuales, 8 para los 3 primeros y 7 para el cuarto, aunque no cambió el número de candidatos: 9 como en 1988. La realidad política detrás de estas cifras es: 1 candidato útil para la izquierda, el del Partido Socialista, lo que generó mucha competencia intrapartidista, y 2 para la derecha, lo que dio origen a una tentativa de unión, por medio de una elección primaria en 1994.

Esta dispersión pareció ser más fuerte en 2002, con la caída de un segundo actor de la cuadrilla. Si bien la UDF de F. Bayrou ocupaba todavía el cuarto lugar, fue con solo 6.8% de los votos, y si se añade 3.4% del Partido Comunista, la cuadrilla no rebasa 50% de la votación. Cabe mencionar que esta figura desapareció completamente, lo que se refleja también en la disminución de los otros índices: menos de 37% de la votación para los 2 primeros candidatos, 53% para los 3 primeros y menos de 60% para los 4 primeros, mientras representaban a casi todo el electorado hasta 1974. Por primera vez, los presidenciables potenciales obtuvieron menos de 20% de la votación en la primera vuelta, aunque el presidente electo obtuvo el mejor resultado en la historia de la segunda vuelta. ¿Se trata de un accidente o es el inicio de una nueva lógica que influirá sobre los presidenciables?

La elección de 2002 se desarrolló con obligaciones institucionales modificadas más importantes de lo que se previó antes de su realización, ya que dificultó la unión entre los partidos para la primera vuelta. El quinquenio establecido por la revisión constitucional del 2 de octubre de 2000 reforzó también la dependencia entre los candidatos y sus respectivos partidos; además, la ley orgánica del 15 de mayo de 2001, que precisa que las elecciones legislativas empezarán siempre el día siguiente de la elección presidencial, hace que esta última determine definitivamente la otra. Dicho esto, se debe considerar que estas elecciones tienen ahora varias funciones, que son: elegir a los diputados y, por consecuencia, determinar la mayoría y el gobierno, y determinar la dotación financiera otorgada anualmente a cada partido político, según los votos recibidos y el número de electos. Toda vez que este financiamiento público representa más o menos la mitad del presupuesto de la totalidad de los partidos, y mucho más para los pequeños, es vital para ellos presentar el número más importante de candidatos y posicionarlos gracias a la campaña electoral

presidencial desarrollada por el jefe de sus respectivos partidos. Sin duda, esta causa, aunque no es la única, tiene un papel importante en torno a la inflación de candidaturas tanto en la elección presidencial —16 postulantes— como en las elecciones legislativas —8,444 para los 577 distritos electorales—, es decir, un promedio de 14 candidatos por distrito, contra 11 en 1997 y 9 en 1993.

Si nada cambia respecto a las reglas institucionales —se podría pensar en exigencias más grandes para presentar candidaturas en la elección presidencial o establecer un número límite de sufragios para obtener un financiamiento público—, podemos apostar que esta tendencia a la dispersión política continuará. Sin embargo, esto se puede superar, como lo mostró el partido de la derecha, que fusionó sus principales componentes en un nuevo partido nombrado UMP; si bien el capital electoral de 19.9% en la elección presidencial y 33.3% en las elecciones legislativas es modesto, en comparación con el pasado, le permite rebasar ampliamente a la UDF, el otro partido de la derecha, que obtuvo en estas elecciones 6.8% y 4.8%, respectivamente. Por lo tanto, ser presidenciable para la derecha implica controlar la UMP.

En cuanto a la izquierda, la situación es más delicada, aunque el ps se mantiene como partido dominante, con 24.4% de la votación; esta podría ser cuestionada si se abandonara la unión con el pc con 4.8% y los verdes 4.5% a favor de la constitución de una facción izquierdista radical, dado que los 3 candidatos trotskistas obtuvieron 10.4% de los votos en la elección presidencial. Así, si se suman estos votos a los del electorado contestatario del Partido Comunista y de los verdes, y se encuentra a un candidato emblemático, se puede igualar al candidato del ps, Lionel Jospin. En virtud de lo anterior, este candidato emblemático no adquiriría el estatus de presidenciable, toda vez que su capacidad federativa para la segunda vuelta sería muy débil.

Retomando el tema, se debe subrayar que se confirmará la dispersión de los votos de la primera vuelta, lo que generará una mayor importancia de este fenómeno, como lo mostró la debilidad de J. M. Le Pen en la segunda vuelta de la presidencial de 2002, al pasar de 4.8 millones de votos a solo 5.5 millones en las dos vueltas, el número de votos adicionales obtenidos es uno de los más pequeños de la Quinta República, o sea, J. M. Le Pen no era presidenciable.

Ser presidenciable

Finalmente, parecería que el sistema de partidos que se implementa, con dos grandes partidos y varios semipartidos, para retomar el término de Jean Blondel, podría generar un cambio en relación con la manera de adquirir el estatus de presidenciable: si bien se mantiene la exigencia de recursos personales para ser el triunfador de una corriente política, la debilidad de estas corrientes refuerza la necesidad de tener esta capacidad federativa, es decir, una postura que permita rebasar los límites de su facción política.

III. El equilibrio de los poderes

Se podría concluir quién es presidenciable para la próxima elección al considerar los diferentes criterios mencionados —de los 4 primeros, 3 son indispensables—, pero no lo haremos. Solo invitamos a observar la conducta de las personas cuyo nombre se cita para la próxima elección presidencial: uno busca obtener una posición dominante en su partido; otro, fortificar un “feudo electoral”; un tercero, plasmar una obra gubernamental que lo haga imprescindible, y todos los demás sueñan con el azar.